

**52. Sin Dios... pero meditando.
El justo medio**

Procesos para su despertar interior

ego

Compilado por:
Enrique González Ospina.
Cel: 315-3357297

“Un hombre que cree en Dios, jamás puede encontrar a Dios. Si usted está abierto a la realidad, no puede “creer” en la realidad. Si está abierto a lo desconocido, no puede haber creencia en lo desconocido. Al fin y al cabo, la creencia es una forma de autoprotección, y sólo una mente trivial puede “creer” en Dios.

La mente es producto del pasado, es la consecuencia del ayer; ¿puede una mente así estar abierta a lo desconocido? Sólo puede proyectar una imagen, pero esa proyección carece de realidad; así que su Dios no es Dios, es una imagen de su propia hechura, una imagen para su propia satisfacción.”

Krishnamurti.



Sin Dios... pero meditando. El justo medio

“Entras en la meditación como si fueras un “yo”, pero cuanto más profundizas, más se desvanece el “yo”.”

Osho

Ni creer, ni no creer

Para hallar la verdad -¿Dios?- no tiene que haber creencia ni incredulidad. El creyente es como el incrédulo. Ni uno ni otro hallará la verdad, porque creer o no creer es mente, y la mente ordinaria no es el instrumento para encontrar la Verdad.

Creer o no creer es pensamiento, y su pensamiento es la reacción de su memoria, formada por sus experiencias, su conocimiento, su educación, su ambiente, su cultura, y por sus propias esperanzas y temores.

Su memoria es vieja, cambiante; por lo tanto su pensamiento es viejo, y con eso usted pretende descubrir el Misterio de la existencia.

Creer en Dios es una creencia, y no creer en Dios es otra creencia. Esencialmente, lo mismo: mente.

Una mente que no esté libre de todos estos contenidos condicionantes, nunca puede hallar la Verdad, haga lo que hiciere.

Si su mente cree en Satanás, pues Satanás es real... para su mente.

¿Cómo podría descubrir aquello que está más allá de sí misma una mente que sea temerosa, envidiosa, conflictiva, iracunda, crédula, codiciosa?

Sólo encontrará sus propias proyecciones, las imágenes, creencias y conclusiones en que está atrapada.

¿Qué puede descubrir una mente dominada por el conocimiento, el desorden, el conflicto y las contradicciones? ¿Qué puede descubrir el vanidoso? ¿Qué puede descubrir una persona egocéntrica, envilecida por la enfermedad de su amado “yo”? Todas estas patologías se manifiestan en la exaltación de sí mismo, que es el estado de ignorancia en que vive casi toda la humanidad.

El “yo” es el emperador del mundo.

Es obvio que para descubrir lo que es verdadero o lo que es falso, la mente tiene que estar libre, incondicionada, desidentificada de todo.

Tiene muy poco sentido buscar a Dios sin librarse previamente de todos los condicionamientos, lo cual exige el conocimiento de sí mismo.

La búsqueda que tiene un propósito específico, no es una búsqueda en absoluto, porque necesariamente se orienta hacia el propósito prefijado.

Cuando existe un motivo para buscar, el fin de la búsqueda es ya conocido. Si Ud. es infeliz, busca la felicidad; por lo tanto ha dejado de buscar, porque piensa que ya sabe qué es la felicidad.

Si Ud. es infeliz, eso es lo único que Ud. conoce, porque Ud., es eso, la infelicidad, y sólo al disolverse el estado de infelicidad, que es su única realidad, podría surgir la felicidad. La conciencia de la infelicidad es la felicidad.

Cuando la mente no tiene un motivo, cuando es libre y no la impulsa ningún afán, cuando está en completa calma, vacía y silenciosa, entonces la Verdad podría manifestarse.

La Verdad no se puede buscar, no se puede perseguir, no se puede desear, pero puede llegar, si la mente está vacía de todo contenido y silenciosa de todo pensamiento.

La opción humana más elevada es preparar su mente para que la Realidad, sea lo que sea, pueda revelarse.

Religión y religiosidad

A través de los siglos, las religiones organizadas nos han enseñado a creer en esto o aquello, siguiendo la religión de los padres, fieles a tradiciones que nunca son comprendidas, repitiendo ritos y oraciones mecanizadas, dependiendo de las autoridades eclesiásticas -pastores del rebaño- y de los llamados “*libros sagrados*”.

Las instituciones religiosas son organizaciones. La organización es necesaria para la acción eficaz, colectiva, para el logro de un propósito grupal. Tenemos que organizarnos, ponernos en adecuada relación, si hemos de llevar a cabo eficazmente algún plan político, social o económico. Las “*organizaciones religiosas*” funcionan sobre esta base. ¿Para ser eficaz en qué?

¿Y qué entendemos por religión? ¿Es asunto de seguir una norma establecida por otro, por muy importante que sea? Seguir es sólo ajustarse, imitar, obedecer una autoridad, en la esperanza de recibir una consoladora recompensa. Eso es lo que denominamos “*religión*”: autoridades jerárquicas, ritos, cultos, dogmas, lugares, libros, instituciones y creencias, muchas creencias.

Pero la “*religiosidad*” es otra cosa.

Consiste en que el individuo se libere de su ego, de su miedo y su vanidad, su sufrimiento, sus conflictos y sus contradicciones; consiste en liberarse de la codicia y la violencia, de la búsqueda del éxito, el prestigio, y todo honor social; liberarse del pasado, del futuro, y de todo su desorden interno.

En síntesis, liberarse de su amado “yo”.

Sólo una mente así, vacía de todo contenido y silenciosa de todo pensamiento, puede descubrir lo inconmensurable, el Misterio, el Absoluto, que nunca es una entidad externa.

Toda creencia debe extinguirse en la nada, que es su naturaleza primigenia.

Una mente así no es influenciada en forma alguna, no está bajo ninguna precisión, no acepta autoridad alguna, no obedece, es capaz de estar quieta y silenciosa; y es sólo cuando está quieta, vacía y silenciosa, que hay la posibilidad de que surja aquello que está más allá de todos los contenidos de la mente.

Esto es “*religiosidad*” en su verdadero sentido.

La “*religión*” pertenece a la mente, es pensamiento; la “*religiosidad*” trasciende la mente, es la vivencia de la realidad.

Las creencias

Las religiones organizadas condicionan la mente para identificarse con un conjunto de creencias, que son normas de pensamiento para toda la comunidad de obedientes súbditos.

Desde el principio de los tiempos las religiones crearon dioses, de todas las formas imaginables. Aún hoy día la religión hinduista, en la India, venera a muchos dioses, tantos como cada persona puede tener o crear para sí. Es politeísta.

Existen 3 religiones monoteístas -Judaísmo, Islamismo y Cristianismo-, pero el Cristianismo, además de un Dios, adora vírgenes, santos, profetas, mártires, Papas, ángeles, arcángeles, efigies, cruces y, sobre todo, rinde culto al sufrimiento.

Pero también hay millones de personas que no creen en ningún Dios. ¿Entonces?

Hagamos algunas reflexiones desde el punto de vista de los que carecemos de creencias religiosas, pero respetuosos con los que sí las tienen, porque comprendemos que creer o no creer es sólo un estado de la mente ordinaria.

Dios o la libertad

Friedrich Nietzsche (1844-1900) fue el primer hombre en la historia de la humanidad que afirmó:

“Dios ha muerto, por tanto, el hombre es libre.”

¿Libre para qué? ¿Para negar la vida? Porque también afirmó:

“No es ya tan fácil de conseguir la negación de la vida; hacerse eremita o monje. Y ¿qué es lo que se niega con esto? Y quiero ahondar esta idea: es ante todo negación consciente, precisamente negación voluntaria, y no ya a medias.”

Se presiente en esta reflexión el instinto suicida, o el prólogo en la vía de la locura.

La afirmación acerca de la muerte de Dios ha tenido enorme influencia y no pocas consecuencias funestas dentro de la intelectualidad, no porque sea falsa, sino porque es incompleta. Deja al hombre, sin saber nadar, en la mitad del río tormentoso de la existencia.

La reflexión de Nietzsche es un gran prólogo existencial, pero carece de epílogo. Veamos.

Todas las religiones creen que Dios creó el mundo y la humanidad, noción que supone a Dios como un punto en el infinito, hacedor de todas las cosas, y no como el infinito mismo evolucionando hacia las formas manifestadas.

Pero si Ud. ha sido creado por *alguien*, es sólo una marioneta. En tal caso, ese alguien puede descrearlo en cualquier momento. No le preguntó si quería ser creado, ni le va a preguntar si quiere ser descreado. Tampoco su vida tendría sentido, porque el creador de todo sería el amo del destino de todo lo creado.

Si acepta la creencia de que Dios creó el mundo, que Dios es una realidad, que Dios es una entidad que ocupa un lugar en el espacio infinito,

entonces el ser humano es una marioneta. Todos los hilos están en sus manos, y nada sucede sin su voluntad.

En tal caso, no hay posibilidad de evolucionar, no hay posibilidad de despertar niveles superiores de Conciencia, no hay posibilidad de que exista ningún Gautama el Buda, pues no hay la más mínima libertad.

Entonces no se presenta la cuestión del pecado o la virtud, pecadores o santos. Nada es bueno y nada es malo, porque Ud. no es responsable de sus actos. La responsabilidad le corresponde al titiritero, que es el que tiene la libertad para actuar.

O existe Dios, o existe la libertad. Ambos no pueden existir juntos. Esta es la consecuencia fundamental de la afirmación de Nietzsche:

“Dios ha muerto, por tanto, el hombre es libre.”

Muy seguramente ningún fundador de religiones pensó en lo siguiente: si acepta a Dios como creador está destruyendo la dignidad de la Conciencia y de la libertad. Le está arrebatando toda la responsabilidad al ser humano y lo está despojando de toda su libertad.

Desde esta visión de la vida el filósofo citado liquida a Dios y descubre la libertad, pero, oh paradoja, no sabe qué hacer con su libertad, porque no tiene un conocimiento de sí mismo.

Esta es la paradoja sobrecogedora que caracteriza a los denominados existencialistas, tales como Camus, Herman Hesse, Sartre, Verlaine, Baudelaire, de tan gran influencia en la intelectualidad europea. Sartre resume el drama existencial así:

“El hombre está condenado a ser libre.”

El Zen es la otra cara de la moneda

La declaración radical de Nietzsche es sólo una cara de la moneda, pero él no lo sabe. Tiene razón y es desde la razón que la afirma, sin sustituir a Dios por algo, creando así un vacío mental, que es el origen del existencialismo escéptico acerca de la razón de vivir.

Este vacío era inevitable, forzosamente tenía que ocurrir, puesto que su negación de Dios se basa en la racionalidad, la lógica y el intelecto; es decir, en lo mental. Creó un hueco en la mente, cuyo contenido había justificado la existencia misma de la mente.

Nietzsche mató a Dios y descubrió la libertad interior. El hombre es, entonces, libre, pero ¿qué hacer con su libertad? Para Sartre la libertad es una condena, porque ese potencial expansivo en toda dirección carece de propósito.

La ausencia de Dios se convierte, entonces, en un problema psicológico, porque *“liberarse de”* no aporta necesariamente la libertad positiva, que es *“liberarse para”*.

“El carácter individual de las relaciones con Dios constituía la preparación psicológica para las características individualistas de las actividades humanas de carácter secular.”

Erich Fromm.

Al eliminar a Dios deja al hombre totalmente vacío, un hueco sin nada. Desde luego, afirma su libertad interior, pero no encuentra su razón de ser en medio del desorden externo.

Afirma aún más su individualismo, que es su libertad para *hacer*, pero pronto descubre dentro del sistema económico que su *hacer* es para otro, no para sí mismo. En cierta forma ha sustituido a Dios por el patrón, por el dueño del capital, que es ahora el dueño de su destino.

¿Qué hacer ahora? Socialmente el hombre ha comprendido que su lucha es por la conquista de sus derechos humanos, pero internamente carece de respuesta. Sabe lo que hay que hacer fuera de sí, pero no sabe cómo *Ser*, no sabe qué hacer con sí mismo.

¡La otra cara es la meditación!

Nietzsche no tenía ningún conocimiento de meditación. Esa es la otra cara de la moneda. Una cara es la libertad de Dios y la otra cara es la meditación. Al liberarme de la creencia en Dios surge la posibilidad de descubrir la naturaleza real de mi propio *Ser*.

Al abandonar su creencia fundamental, el ser humano es libre, pero su libertad sólo puede ser una alegría, un gozo, una dicha si está enraizada en la meditación, que es el proceso de trascender la mente ordinaria.

¡Si quiere, libérese de Dios, pero busque la meditación!

Si no es así, ni su nacimiento, ni su vida, ni su muerte, tienen sentido.

Elimine a dios de su directorio de creencias, pero debe darle al hombre sentido y significado, creatividad, receptividad, sensibilidad, capacidad de asombro, una posibilidad trascendente y un camino para constatar por sí mismo si, en realidad, la Conciencia es la esencia eterna de la existencia.

El Zen es la otra cara de la moneda.

El Zen no tiene ningún Dios. Ésa es parte de su belleza. Pero posee un enorme conocimiento para transformar su conciencia ordinaria, para facilitarle tanto discernimiento que le permite descubrir lo falso y sumergirse en lo verdadero.

“El Zen no es un sofisticado arte de vivir. Consiste sencillamente en vivir, siempre en la realidad, en su exacto sentido.”

Shunryu Suzuki.

El Zen no es un mandamiento externo, no es un conocimiento del intelecto ni acepta autoridad interior alguna: surge de lo más profundo de su ser.

Una vez que descubre el centro de su ser, descubre ser Uno con el cosmos, descubre ser la luz de la Conciencia, conoce su ser luminoso, su Gautama Buda escondido y, entonces, todo tiene sentido y la vida tiene su razón de ser.

Ha sustituido a Dios por la conciencia de ser.

El peligro del vacío interior

En la última fase de su vida, Nietzsche fue hospitalizado, luego recluido en un manicomio, y allí culminó enloquecido. Un gigante del pensamiento como él, ¿qué le había ocurrido? Había concluido que “*Dios ha muerto*”, y esa conclusión negativa tal vez fue la causa de su locura.

Había conquistado su libertad interior, al costo de quedar vacío. Consciente de su libertad sin destino, e inconsciente de su vacío de toda significación. Libertad y vacío, juntos, sin más, es el ámbito de la desolación y la locura.

Había una libertad que venía de una ausencia, la ausencia de Dios, pero no había la dicha de *ser* libre de sí mismo, del ego, del yo.

La libertad tiene dos aspectos: *de algo*, y *para algo*. Faltaba el otro lado de la moneda, y eso enloquece a cualquier persona, especialmente si en su ser predomina la razón, el pensamiento, la mente discursiva.

El vacío, el hueco sin nada, casi siempre desquicia a la mente ordinaria. La persona necesita un fundamento sólido, necesita centrarse, necesita algún tipo de relación con la existencia.

Al estar muerto Dios, toda su relación con la existencia habrá terminado. Ud. está sólo, vacío, sin raíces. Un árbol no puede vivir sin raíces y Ud. tampoco.

La falacia

Recuerdo una historia atribuida a San Agustín:

“Venía el santo caminando por una playa y encontró a un niño echando agua del mar en un pequeño balde. Le preguntó: ¿Qué haces?”

El niño le respondió: estoy tratando de meter el mar en este baldecito, pero parece que no se puede.

En ese momento -dijo San Agustín-, comprendí que Dios no cabe en la mente.”

Esta conclusión del santo es la esencia del tema que estamos desarrollando. Dios no cabe en la mente; Dios, sea lo que sea, trasciende la mente. Ud. puede imaginar a Dios, pero eso no es Dios. Puede creer en Dios, pero esa creencia no es Dios. Puede pensar en Dios, pero ese pensamiento no es Dios.

El pensamiento no es la cosa. Pensar en el agua no moja. Pensar en el fuego no quema. Pensar en el agua no quita la sed. Pensar en el amor no es amar. Pensar en Dios no es Dios.

Es necesario preguntarnos: siendo la mente limitada, temporal, condicionada, compulsiva, obsesiva, ignorante, saturada de basura, ¿puede descubrir qué es Dios? ¿Puede conectarse con Dios? ¿Puede tener la vivencia de Dios?

Todo esto parecen propósitos desquiciados de la mente, deseos fantásticos, imaginación desbordada, alucinaciones piadosas, porque la mente puede engañarse a sí misma muy fácilmente.

Recuerde que, según la neurología, lo que el cerebro imagina es la realidad para él. El cerebro no distingue entre lo que visualiza y la realidad. Si imagina a Dios con figura de hombre, como un anciano con barba y ojos azules, así es Dios... para su cerebro, sin importarle cuál sea la realidad ni la Verdad.

Para su mente Dios es como lo imagina; pero eso no es Dios, sólo imaginación, pensamiento primitivo, mágico, creencia, falacia, ficción.

La creencia en Dios es un gran consuelo

También cuando Nietzsche Dios era no existente, pero era un buen consuelo. Aunque era una falacia, llenaba un espacio interior de las personas.

Una falacia, repetida miles de veces a lo largo de los milenios, casi se convierte en verdad. ¿Por qué? Porque si Ud. cree en Dios, esa creencia es una realidad... en su mente, aunque no sea la Verdad.

Una creencia es una realidad mental, individual o colectiva, que carece de verdad, como los sueños, las sombras, las ilusiones, lo imaginado, el pasado, el futuro....

Dios ha sido un gran consuelo para la gente frente a su temor, a su terror, a su conciencia de la vejez y de la muerte, y del más allá; frente a lo desconocido, frente a la incertidumbre, frente al hecho de no comprender casi nada, frente al hecho de vivir sin saber cómo vivir, ni por qué vivir.

Dios ha sido un enorme consuelo, aunque fuera una falacia, sólo una creencia, un mito. Las falacias pueden consolar en su momento. De hecho, las mentiras son más dulces que la verdad. Se afirma que Buda dijo:

“La verdad es amarga al comienzo, dulce al final; y las mentiras son dulces al inicio y amargas al final.”

Así pues, al matar su Dios Nietzsche termina loco, como resultado de su enfoque eliminativo. El intelecto negativo puede argüir en contra, criticar, negar, destruir, pero no nutre la existencia. Al abandonar su Dios perdió su consuelo. Quedó libre, libre de Dios, pero vacío, frente a la desolación de la nada, solo, a disposición de la locura.

Y eso sucedió no sólo con él, por lo tanto no puede decirse que haya sido un accidente. Muchos gigantes del intelecto terminaron en manicomios o se suicidaron, pues nadie puede vivir en la oscuridad de la negatividad absoluta.

Uno necesita la luz y una vivencia positiva, afirmativa de la existencia y de la Verdad, y eso es el Zen.

La locura es la pérdida de contacto con la realidad, tal como es, y el Zen es el contacto y la inmersión en la realidad, tal como es.

La locura es la veneración de la muerte y el Zen es la celebración de la vida, la dicha de existir, el éxtasis de Ser, sin más.

El accidentalismo

A partir de la muerte de Dios por cuenta de Nietzsche, surgió en Occidente toda una filosofía de la sin razón de la vida, de la inutilidad de todo, de la nada como la esencia de todo.

Soren Kierkegaard, Jean Paul Sarte, Marcel, Jasper y Martin Heidegger -todos los gigantes del pensamiento filosófico de la primera mitad del siglo XX- hablaban de la falta de sentido, de la angustia, del sufrimiento, de la ansiedad, del terror, del miedo y de la soledad del ser humano.

Esta filosofía ha sido llamada *existencialismo* en Occidente, pero es una denominación equivocada. Según el diccionario, existencialismo es:

“Movimiento filosófico que trata de fundar el conocimiento de toda realidad sobre la experiencia inmediata de la existencia propia.”

Entonces, la nueva filosofía es sencillamente antiexistencialismo, porque destruye todo lo positivo que la vida es, destruye todo lo que le ha animado para asumir la existencia.

Podemos estar de acuerdo con la destrucción de la falacia, porque aquello que venía consolando al ser humano era eso. Dios, el cielo, el infierno, el Diablo, los ángeles, son falacias, imaginación del pensamiento mágico primitivo, creadas en un momento histórico del hombre para interpretar una realidad que no podía comprender.

Está bien que en tiempos nuestros hayan sido destruidos, pero al destruirlos se dejó al ser humano occidental en un vacío total. De este vacío nace el mal llamado existencialismo, que habla sólo de la falta de sentido, y de la falta de significado. Nietzsche decía:

“La vida no tiene sentido.”

“Eres sólo un accidente. Que estés aquí o no estés, no le importa a la existencia.”

“No se puede estimar verdaderamente más que a aquel que no se busca a sí mismo.”

“¡La nada divinizada en Dios, la voluntad de la nada santificada!”

“Lo que “nos” distingue no es el hecho de que no encontramos a Dios ni en la historia, ni en la naturaleza, sino en el hecho de que consideramos lo que se oculta tras el nombre de Dios, no como “divino”, sino como miserable, absurdo, nocivo; no sólo como error, sino como delito contra la vida.”

Esta cita explica la locura, porque Nietzsche buscó a Dios en la historia y en la naturaleza, y ahí no lo encontró, porque ahí no lo podía encontrar. Las limitaciones de su mente limitó su búsqueda. No buscó fuera de su mente.

Tal filosofía debiera denominarse “*accidentalismo*” y no “*existencialismo*”, porque predica la contingencia trivial del ser humano:

“Usted no es necesario. De alguna manera apareció, sólo por accidente, marginalmente.”

Antes de Nietzsche Dios había convertido al hombre en una marioneta, y ahora, de Nietzsche a Jean Paul Sartre, lo vuelve un accidente.

Antes de Nietzsche el hombre tenía dioses, tenía a Dios, tenía falacia creada por el pensamiento mágico, pero tenía. Ahora, mata a Dios y se pasa a vivir en un hueco vacío interior, en el desierto de la nada donde florece el sinsentido de la existencia, consciente de la inutilidad de todo.

Ese es el principio del accidentalismo y ese es el principio de la locura. ¿Cómo se puede vivir careciendo del sentido de la propia vida? Eso no parece posible.

Así, el hombre se liberó de Dios, pero no sabe qué hacer con su libertad. Ahora, como afirma Erich Fromm, el hombre tiene miedo de la libertad. No sabe qué hacer con eso:

“Nuestro fin será mostrar que la estructura de la sociedad moderna afecta simultáneamente al hombre de dos maneras: por un lado, lo hace más independiente, más crítico,

más libre, y por otro, más sólo, aislado, atemorizado, desconcertado con su libertad.”

Erich Fromm.

Los elementos del desastre

De acuerdo con los así llamados existencialistas, la existencia es muy poco inteligente.

Han eliminado a Dios, y entonces creen -y de acuerdo con la lógica parece cierto- que si Dios no existe, la existencia también muere, sin inteligencia, sin vida. Dios solía ser la vida, Dios solía ser la conciencia, Dios era la esencia, Dios era el sentido mismo, la sal misma de nuestro ser, y había muerto.

A partir de esta visión de la realidad, al no haber Dios toda la existencia pierde su alma, la vida se convierte en un simple subproducto de la materia. Así que cuando usted muera, todo morirá, nada quedará, porque no había nada.

Una vez que se elimina a Dios, comienza a ocurrir un extraño distanciamiento entre la existencia y usted. Ya no hay relación entre la existencia -que dejó de ser inteligente- y su vida que es un accidente circunstancial.

La existencia toda ha dejado de ser un Universo inteligente, creativo, evolutivo, y no es más que materia muerta, lo mismo que usted.

Toda esta manera de pensar surge de la percepción efímera de la vida, propia de quien abandonó a Dios y paró ahí, sin sospechar que la libertad lograda es condición para la búsqueda de la verdadera vida interior.

El error de los filósofos existencialistas no radica en negar a Dios, sino en conquistar una merecida libertad interior para la cual no encuentran su razón de ser. Es como la paradoja del absurdo.

El florecer de la conciencia

El ser humano tiene una enorme necesidad y una evidente posibilidad de relacionarse con la existencia, con la vida “*tal como es*”, de instante en instante.

Necesita enraizarse en la existencia, porque sólo cuando sus raíces profundicen en la vida misma puede madurar, evolucionar hacia niveles superiores de conciencia que le son posibles, tomar la vía del Buda, y entonces su vida adquirirá un sentido extraordinariamente bello.

Cuando usted profundiza en sí-mismo, en su propia vida, su vida desbordará de sentido, de significación, de dicha, de gozo, de éxtasis. Su vida será, sencillamente, una celebración.

La vida en sí misma es un éxtasis, pero para descubrir ese estado necesita profundizar en sí-mismo, sin ninguna autoridad, sin ningún pensamiento, sin ninguna creencia, ni siquiera en Dios, y para eso sirve la libertad.

Primero me libero de Dios, que es una creencia limitadora; encuentro la libertad de todo condicionamiento y, ahora sí, dedico esa libertad a la búsqueda de la Verdad dentro de sí-mismo, por sí-mismo, y esa es la razón de vivir: profundizar en el asombroso Misterio que está oculto dentro de sí mismo, porque la Conciencia es la esencia de todo ser.

Así completamos la obra de Nietzsche, ya que él no descubrió la fase de la búsqueda, cuyo instrumento es la meditación, sin un sólo pensamiento.

La libertad es para meditar, al encuentro de la Verdad absoluta, y ese es el proceso que nos sana de la desesperación, la depresión, la locura y el suicidio.

¡La libertad es para meditar! ¡La libertad es para descubrir el Misterio!

Evidentemente no basta con lograr la libertad. Falta algo esencial. Falta la meditación.

Gautama Buda no tuvo Dios, Mahavira tampoco tuvo Dios, pero ninguno de ellos se volvió loco.

Todos los maestros del Zen y todos los grandes maestros del Tao -Lao Tze, Chuang Tzu-, ninguno de ellos se volvió loco y no tuvieron Dios. No tuvieron cielo ni infierno.

Los maestros contemporáneos de las diversas Escuelas de Conocimiento -Gurdjieff, Osho, Nisargadatta, Krishnamurti, Suzuki- carecen de Dios, y ninguno de ellos ha enloquecido ni se ha suicidado. Gurdjieff incluso manifiesta una herejía que en la edad media le hubiera costado la hoguera en público:

“El camino del desarrollo de las posibilidades ocultas es un camino contra la naturaleza, contra Dios. Esto explica las dificultades y el carácter exclusivo de los caminos. Son estrictos y estrechos. Sin embargo, nada se puede alcanzar sin ellos.”

Fragmentos Pág. 76.

Si los maestros citados, y miles más, no tuvieron cielo ni infierno y no enloquecieron, ¿cuál es la diferencia? ¿Por qué no enloqueció el Buda?

Y no sólo el Buda. En 25 siglos, centenares de sus seguidores han llegado a la iluminación, y ni siquiera hablan de Dios. No mencionan que Dios no existe, porque no tiene importancia. No son ateos, ni son teístas. Sencillamente Dios no existe, entonces no cabe hablar de ateísmo o teísmo.

El objetivo supremo de la libertad es convertirse en Buda, que es un ser que ve la realidad, que comprende la realidad, que vive en la realidad “*tal como es*”, que ilumina la realidad, que es la realidad, que ha activado su Conciencia.

A menos que su libertad se convierta en la evolución misma de su conciencia, y que la experiencia de la libertad le conduzca a la eternidad, a las raíces, a la fuente de la Verdad, a la existencia misma, se va a volver loco. Su vida misma carecerá de sentido, de significado, de razón de ser. Haga lo que haga, no importará.

La necesidad del justo medio

Cuando usted descubra que se requiere un cierto equilibrio entre lo negativo y lo positivo, tendrá sus raíces en la existencia misma.

Creer en Dios es un extremo. No creer en Dios es el otro extremo. Tiene que situarse en el justo medio, absolutamente equilibrado, ni sí, ni no. En el justo medio ni cree, ni no cree. El ateísmo se vuelve irrelevante, el teísmo se vuelve irrelevante.

Cuando usted se coloca en el centro del sí y el no, en el centro de lo positivo y lo negativo, en el centro de la afirmación y la negación, no puede pensar, pero surge una inteligencia viva, existencial, que no es de la mente.

Cuando usted se coloca en el punto medio entre “*Dios sí existe*” y “*Dios no existe*”, entonces ese concepto de Dios desaparece sin necesidad de nada más, porque ese concepto, sí o no, es mental.

Ese equilibrio en el punto medio le aporta una conexión con la realidad, un gozo, una ausencia del perturbador pensamiento egocéntrico, una nueva inteligencia que no es de la mente.

Ese equilibrio es un estado superior de conciencia. Ese punto medio, en el cual no afirma ni niega, pero *OBSERVA*, es un estado de conciencia superior al estado de vigilia ordinario, que es el estado ordinario de la vida cotidiana, desde el cual afirma y niega, juzga y condena, inconscientemente.

En ese nuevo estado de conciencia, que suele denominarse Estado Despierto, Estado de Alerta, Estado de Percepción Pura, surge una inteligencia que no es de la mente -que ha sido trascendida- que le permite comprender la inteligencia de la existencia; y surge una calidad de percepción pura, sin pensar, que le permite la vivencia directa de la realidad “*tal como es*”, Aquí-Ahora.

Una vez que su ser interno está equilibrado, silencioso, pacífico, perceptivo, toda la existencia se le revela claramente. Descubre que usted no es un accidente, que usted es parte de la existencia, que usted es una criatura del Universo. Sin usted falta algo en la existencia que nadie puede reemplazar.

Pero, afirman los maestros, si usted profundiza aún más en la vivencia pura y directa de la realidad, toda huella del “yo” desaparece, y queda la existencia pura.

¡Todo es Uno, Uno es Todo!

La Física Cuántica afirma que si usted desapareciera por arte de magia, y quedara el espacio vacío de su cuerpo actual, el Universo estallaría, porque no pueden existir esos huecos sin nada.

Pero, para acercarse a esta poderosa percepción de sí-mismo, es necesario un Trabajo Interno de autodescubrimiento, para ir comprendiendo que el ser humano es una multidimensionalidad coexistente: cuerpo, vida, energía, conciencia, y en cada dimensión hay una conexión con la Existencia, con la Vida, con la Conciencia Pura.

Pero, no se extrañe, que toda la absoluta realidad es así, multidimensional. Un ejemplo puede conmover al más incrédulo: el hielo es agua, el agua es vapor, el vapor es moléculas, las moléculas son átomos, los átomos son partículas subatómicas, las partículas son un campo unificado de energía vibrante, la energía fue creada en el big bang hace 13.700 millones de años... y tal vez... el big bang fue la manifestación primera de la Conciencia Pura.

Entonces... ¿qué es el hielo? ¿Qué es usted?

Si faltara su energía, todo el Universo estallaría, seguramente, porque habría un pequeño espacio vacío que nada ni nadie puede llenar.

Este hecho le da dignidad a su existencia.

Cambiar la idea de Dios por la Conciencia

Su cuerpo y su cerebro son la evolución más elevada de la existencia orgánica, y Ud. podría ser la Conciencia más elevada, dependiendo de su Trabajo Interior. Si crece más allá de la mente ordinaria y su inteligencia condicionada, hacia la No-mente, su Ser interior se sumerge en toda la existencia, se disuelve conscientemente en la existencia misma, participando así en la evolución del cosmos, porque todo está conectado con todo.

Cuenta la historia que cuando Manjushree, uno de los discípulos cercanos del Buda, alcanzó la iluminación, del árbol bajo el cual estaba sentado comenzaron a llover flores.

Puede ser sólo una parábola. Pero esa parábola indica que no estamos separados de la existencia, que nuestra evolución involucra a toda la existencia, como una Danza Cósmica, tal como la visualiza el hinduismo desde hace miles de años.

La Física Cuántica, que apenas ha cumplido 100 años y que ha penetrado en el espacio íntimo del átomo, demuestra empíricamente que todo está unido con todo. Le sugiero la lectura del capítulo 43 del libro "*Su evolución posible*", que encuentra en esta misma página web.

Entonces, ¿qué es lo que origina la locura de los accidentalistas? Si usted no comprende que forma parte de la totalidad de la existencia, y se aferra a la *idea* de Dios como única realidad esencial, al abandonar la *idea*, que ha sido creada por su mente, se encuentra súbitamente con una mente vacía de toda significación, y ese es el sustento de la locura. La nada mental explica la locura, porque la vida no tendría sentido alguno.

En su vida tiene que aparecer la meditación. Es la meditación la que puede llenar su ser interior y eliminar el vacío que antes llenaba con la falacia de Dios.

Si permanece centrado en lo negativo al afirmarse en que "*No creo en Dios*", y sólo avanza interiormente hasta ahí, tarde o temprano se va a deprimir, se va a abandonar a una vida miserable, se va a entregar a un enfoque materialista vacío, que es el tránsito hacia la locura. Habrá perdido toda posibilidad de encontrar el sentido de su vida.

Ciertamente, habrá abandonado la fantasía de un Dios mental, pero no es suficiente para encontrar la Verdad. Si abandona la *idea* de Dios, oriente su proceso interno hacia la expansión de su Conciencia.

Cambie a Dios por la Conciencia y cambie la oración por la meditación.

Abandone la falacia y haga lo necesario para penetrar en su interior, porque ahí puede encontrar la Verdad. Esa es la vía del Zen, la búsqueda de la existencia real dentro de sí-mismo:

"Dios está muerto y ahora el Zen es la única verdad viviente. Si Dios está muerto y no te acercas a la experiencia del Zen, te volverás loco. Tu salud mental depende ahora del

Zen; es la única vía para encontrar la Verdad. Entonces estás absolutamente conectado con la existencia; ya no eres un títere, eres un maestro.”

Osho.

Es muy curioso que toda esta visión trascendente de sí-mismo, adentrándose en sí-mismo, parezca tan extraña a casi todos los occidentales. ¿Acaso Jesucristo no afirmó lo mismo?:

“El Reino de Dios está dentro de vosotros.”

Lucas 17,21, Biblia

Y el apóstol Pablo lo reafirmó luego:

“Porque vosotros sois el templo del Dios viviente.”

2 Corintios 6,16, Biblia

La meditación consiste en adentrarse y abismarse, sumergirse en este recinto sagrado del hombre, disolverse en la existencia misma, ser la existencia, Ser, simplemente Ser, en un océano de dicha, de gozo, de éxtasis, abandonado ya todo proceso mental.

La vivencia del Zen

Un ser humano que descubre su profunda conexión con la existencia no puede hacer nada en contra de ella, en contra de la vida. No se puede enloquecer ni se puede suicidar. Es simplemente imposible. Sólo puede prodigar tanta bondad, tanta compasión, como esté dispuesto a recibir.

Una vez que ha encontrado dentro de sí-mismo sus fuentes inagotables de vida y de dicha, entonces ya no importa si existe Dios o si no existe. No importa si hay infierno o cielo. No importa en absoluto, porque esos conceptos pertenecían a la mente que ya ha sido trascendida.

El Zen es una religiosidad científica. Su búsqueda se basa en la vivencia. De la misma manera que la ciencia se fundamenta *objetivamente* en la experimentación, el Zen se fundamenta *subjetivamente* en la vivencia directa, pura y personal de la realidad de cada instante: Aquí-Ahora-Esto que sucede.

La ciencia se dirige hacia fuera, el Zen se dirige hacia adentro.

Nietzsche no tenía idea de cómo ir hacia dentro de sí. Occidente ha sido un lugar equivocado para personas como él. Si hubiera vivido en Oriente tal vez hubiera sido un maestro mucho más importante, un hombre de absoluta cordura, un iluminado.

Pero, infortunadamente Occidente aún no ha aprendido la lección. Sigue obsesionado con el conocimiento mental y con los objetos que su pensamiento ha producido. Le fascinan los objetos, las cosas, los carros, las casas, el sexo, el consumo, la acumulación, el dinero, las joyas, la moda... y la droga.

A Nietzsche le faltó el silencio de la meditación.

A partir del vacío de las creencias y del silencio de todo pensamiento, en estado de conciencia, florecen el significado, la importancia, la inmensa alegría de descubrir que usted no es un accidente.

Usted es una semilla que necesita del Universo

Lo que enseña el Zen podría denominarse como esencialismo, y lo que en Occidente se conoce como existencialismo no es más que accidentalismo.

El Zen enseña cómo entrar en contacto con la existencia, con la vida “*tal como es*”; cómo investigarse en el *Ahora* de la existencia; cómo incorporarse a la totalidad de la existencia; cómo ser Todo, sin ser nada en particular.

¿De dónde saca su vida momento a momento? ¿De dónde viene su inteligencia? ¿Cuál es la fuente de su energía? Si todo cambia de instante en instante, ¿cuál es la esencia de su existencia? ¿Cuál es la diferencia entre usted y la naturaleza? Si la vida existe antes de usted y después de usted, ¿qué es su vida?

Carecemos del sentido de la totalidad porque esta cultura valora sólo la individualidad e importancia del “yo”, porque no percibe ni comprende que Todo está relacionado con Todo, como la “*Red de Indra*” del hinduismo, error cultural que niega una realidad evidente. Veamos un ejemplo que nos abre a la comprensión de la realidad: el proceso de una rosa.

Cuando ha visto una rosa florecer, ¿alguna vez ha pensado que todo ese color, toda esa suavidad, toda esa belleza, estaban ocultos en algún lugar de la semilla? Pero la semilla sola no fue suficiente para convertirse en una rosa. Necesitó del apoyo de la existencia, de la tierra, del agua, del aire, del sol.

La semilla recibió el apoyo de la totalidad de la existencia, desapareció en la tierra, pero floreció como una rosa hermosa.

Como semilla, necesitó agua, necesito la tierra, necesitó el sol, necesitó la lluvia, necesitó del aire que la acompaña.

Todas esas existencias juntas y simultáneas transformaron la semilla, que parecía una piedrita muerta, en una bella rosa.

De repente hay una transformación, una metamorfosis, una mutación producida por una totalidad que actúa sobre una semilla. Toda la existencia conspira para que la rosa sea una rosa. Esos colores, esa fragancia, esa belleza de la rosa pueden surgir de una semilla sólo porque la existencia los contiene a todos.

Todo puede estar escondido, todo puede estar oculto en la semilla. Pero todo lo que ocurre significa que ya está ahí, en potencia, pero es la totalidad de la existencia la que potencia la posibilidad.

Usted es una semilla... aunque no lo crea.

Desde el punto de vista de la rosa, ¿qué es su existencia?, ¿qué es su vida?

Jesucristo enseñó esta misma idea, en forma poética, sin tantos rodeos como los que venimos dando para explicar lo simple:

“¿A qué haremos semejante el reino de Dios o con qué parábola lo compararemos?”

Es como el grano de mostaza, que cuando se siembra en la tierra, es la más pequeña de todas las semillas que hay en la tierra; pero después de sembrado, crece, y se hace la

mayor de todas las hortalizas, y echa grandes ramas, de tal manera que las aves del cielo puedan morar bajo su sombra.”

Marcos 4,30 Biblia.

De manera que somos semillas, que parecen piedritas, pero Todo está oculto ahí. La semilla se potencia cuando la existencia toda participa en el proceso. Todo con Todo.

La terapia de la trascendencia

Estuvo bien que Nietzsche declarara muerto a Dios, aunque en realidad nunca había existido. La idea de Dios, la imagen de Dios como una entidad que ocupa un punto en el espacio infinito, es una ficción creada por la mente, una invención de la mente que no comprende.

Ese Dios es una invención y no un descubrimiento. ¿Comprende la diferencia? Una invención es fabricada por la mente humana; un descubrimiento de lo que es, tiene que ver con la Verdad.

Dios tiene una imagen antropomórfica, porque fue creado por el hombre a su imagen y semejanza.

Es cierto que ha brindado mucho consuelo, pero el consuelo no es lo correcto, no es lo que necesitamos para “*descubrir la Verdad*”. El consuelo es opio, es anestesia, es ilusión. Le mantiene inconsciente de la realidad, separado de la existencia real, como viviendo en una nube de ingenuidad, mientras la vida fluye rápidamente delante de sus ojos, sin que usted vea nada ni comprenda nada.

El consuelo es un estado interno de ignorancia y estupidez que le impide buscar la Verdad, ver la Verdad; en ese estado, el deseo mismo de encontrar la Verdad desaparece.

Pero al comienzo de la búsqueda interior resulta muy amargo que de un tajo le priven de todos sus sistemas de creencias y le nieguen su falacia mayor. El temor que ha estado reprimiendo durante milenios, oculto tras la imagen de Dios, está ahí, vivo, sale inmediatamente a la superficie.

Y ese temor, enraizado en la condición humana, no puede ser destruido por ningún dios. Sólo la búsqueda de la Verdad y la vivencia de la Verdad -y no una creencia- son capaces de disolver ese miedo a lo desconocido, sanar todas las heridas de la memoria, y potenciar su propia realización.

Por esta razón es necesario abandonar todos los sistemas de creencias, todas las teologías, todas las religiones, todos los santos, todos los dioses, todos los paraísos, todos los profetas, todos los ángeles, arcángeles y querubines... Es necesario abandonar para siempre todo ese pensamiento mágico, heredado de nuestros más primitivos ancestros.

Fueron necesarios en su momento, pero ya no más.

La verdadera terapia no es un sistema de creencias, sino la meditación, que es penetrar en sí mismo al encuentro de la Verdad, en la profundidad de la propia existencia.

La medicina cura el cuerpo y la meditación sana la mente y potencia la evolución de la conciencia.

La meditación es la terapia de la sanación y de la trascendencia.

¿Se puede vivir sin Dios?

Sí. De hecho, sólo es posible para el ser humano vivir su vida propia sin Dios.

Un hombre con Dios no vive, cree, pero no vive en cada instante de su vida cotidiana.

El hombre que tiene una creencia, que es una cosa en su mente, vive identificado con esa creencia, sin contacto con la vida real que está fluyendo en su ser.

Millones de Budistas viven sin Dios.

Millones de Taoístas viven sin Dios.

Millones de personas Zen viven sin Dios.

Ninguno de ellos hace la guerra, pero todos hacen el amor, y crean el Amor, sin temor al infierno.

Sólo sin Dios es posible vivir totalmente, plenamente, de forma meditativa, sumergido en la realidad del instante, en la existencia que fluye, en el suceder que crea el flujo de la vida, en la existencia “*tal como es*”.

Aquí-Ahora-Esto es la vida del instante, la única vida, lo único que existe.

“¿Por qué? Porque cada momento de la vida es absoluto en sí mismo; no hay nada más. No hay otra cosa aparte de este momento presente; no hay pasado, no hay futuro, sólo hay esto.

Por lo tanto, cuando no prestamos atención a cada pequeño esto, lo perdemos todo. Y el contenido de esto puede ser cualquier cosa. Esto puede ser organizar los tapetes, picar una cebolla, o visitar a alguien a quien no deseamos visitar.

No importa cuál sea el contenido del momento, cada momento es absoluto. Es lo único que hay y que alguna vez habrá.”

Joko Beck.

Sólo sin Dios es posible vivir así, inmerso conscientemente en la realidad del momento presente, del *Ahora*, sin una sola creencia, sin un solo pensamiento egocéntrico:

“Vivir siempre en la realidad, en su exacto sentido.”

Suzuki.

Entonces, ¿se puede vivir sin Dios? La respuesta es que el hombre sólo puede vivir sin Dios.

Crear no es vivir.

Pero esto es sólo la mitad de la propuesta. El Dios ficticio debe ser reemplazado por la vivencia real de la Verdad en la meditación.

De otra forma, usted puede enloquecer.

¿Qué hacer?

Finalmente, ¿qué hacer?

Si usted no puede abandonar a Dios, siga creyendo, pero empiece a meditar, empiece a indagar en sí-mismo, detrás de una pregunta: “¿Quién soy yo?” Manténgase en esa pregunta, sin darle valor a las respuestas que surjan de su mente, y la pregunta lo conducirá por buen camino.

Lo que importa es indagar con la pregunta, cada vez más profundamente, sin importar las respuestas. Lo que vaya descubriendo, es “*lo que es*”, en este instante.

Usted necesita comprender, poco a poco, que “*creer en Dios*” es eso, una creencia, y que toda creencia es creada por la mente temporal, miedosa, limitada, condicionada.

Pero si puede abandonar la *idea* de Dios, entonces muévase consciente e inteligentemente en dos direcciones:

1. Cambie a Dios por la Conciencia
2. Cambie la oración por la meditación

Si usted asume estos dos procesos seriamente, en medio de la cotidianidad, sin renunciar a nada, sin juzgar, sin pensamientos disfuncionales, conectado con el *Aquí-Ahora-Esto*, usted ha encontrado el camino para descubrir la Verdad que reside en su ser, sin necesidad de volverse loco.

En la auto indagación de la Verdad toda creencia debe ser abandonada.

Zen no es creer sino Ser la existencia misma.

Ser en el hacer.

Ser.

Bibliografía

- . Hans Kung. ¿Existe Dios?
- . Krishnamurti. Sobre Dios.
- . Shakti Gawain. Despertar a la conciencia.
- . Ch. Joko Beck. La vida tal como es.
- . Osho. El Dios que nunca fue.
- . Erich Fromm. Miedo a la libertad.
- . La Biblia.